

Capítulo 11 - - Luces pálidas

El estruendo agudo resuena contra la piedra, mientras el humo se escapa a borbotones por la puerta entreabierta.

Un grito de dolor se escucha, pero los hombres siguen atravesando el umbral: altos, envueltos en capas, portando espadas. La madre muestra sus armas propias, sin intimidarse por la multitud, pero un disparo retumba desde atrás y ella tambalea. El rojo florece en su chemise, en lo profundo del vientre, y deja escapar un jadeo húmedo antes de que la golpeen en la boca. Angharad no puede hacer más que observar: sus gritos mueren en su garganta, sus extremidades parecen de plomo. La madre se apoya contra la pared, contra los ricos paneles de madera que tanto adora, y cuando otro disparo le atraviesa el hombro, la sangre salpica por toda ella. Ella cae de rodillas, con la respiración entrecortada, y entonces entra el último hombre. Alto, corpulento y con ojos tan fríos como el hielo. Él domina a los demás, que solo observan mientras levanta su pistola. Era la elección equivocada, Lady Maraire, dice él. La madre lanza una respuesta ronca, pero las palabras se ahogan en el rugido de las llamas. El humo lo consume todo.

Angharad despertó con los ojos llorosos, como siempre ocurría tras soñar con su madre.

Solo podía agradecer que esta vez había terminado pronto, antes del susurro de su padre en su oído y del último vestigio de horror. Su cuello estaba sudoroso, pero permaneció allí, acostada en su camita, intentando borrar de su memoria la figura sangrienta y rota que la pesadilla había fijado en su mente. Odiaba esa imagen, que esa fuera la forma en la que debería recordar a su madre. Rhiannon Tredegar había sido alta y delgada, como el latigazo convertido en mujer, con solo unos ojos verdes que suavizaban un rostro severo, moldeado por las propias manos del Dios Durmiente. Tenía una presencia, una severidad que exigía respeto. Así era como Angharad la recordaría, pero sus sueños no se sometían a sus deseos. Todavía podía oír el golpe de las rodillas al tocar el suelo, la sangre salpicando la madera.

Pensó que las pesadillas por fin se habían ido, ya que no había tenido ninguna desde Sacromonte, pero había contado con demasiada suerte.

La nobleza se levantó entre las sábanas, sin sorprenderse al ver que la mayoría seguía dormida. Solo Song, sentada al borde del acueducto con una linterna velada a su lado, había despertado para su turno de vigilancia. La Tianxi no se volvió al escuchar a alguien despertar, y en la privacidad que ello le concedía, Angharad se limpió los ojos. Alisó su respiración, paseando una mano por su cabello. Pensó que las trenzas inclinadas durarán una o dos semanas más, pero pronto tendrían que volver a hacerlas. Casi echaba de menos cuando llevaba el cabello más corto, atado en nudos malani, en lugar de trenzas que llegaban a la mitad de la espalda. Casi. Lo había dejado crecer para celebrar la compra de su última marca de espejo y eso, en gran medida, no quería arrepentirse siquiera en este lugar.

Recordaba lo orgullosa que había estado su madre, Lady Rhiannon, hábil con una espada, aunque no era una bailarina de espejos; y la alegría que esa jornada reflejaba en su rostro. Angharad se había bañada en ese orgullo, sintiendo que, por fin, contribuía en pequeña medida al legado de su madre. Rhiannon Tredegar había dado su nombre navegando en mares oscuros, cruzando aguas que ninguna Luz tocaba, con solo las temblorosas luces que ella misma llevaba para mantener la oscuridad a raya. Había enfrentado tormentas de la Gloom y del mar, el odio de espectros despiadados provenientes de las profundidades, e incluso las flotas de piratas, para surgir como una de las grandes exploradoras de su tiempo. Fue la capitana Tredegar quien descubrió por primera vez la isla oculta de Lunkulu, que navegó por los peligrosos Canales Occidentales y llegó a tierras más allá.

Y ahora todo era humo, pensó Angharad con amarga tristeza. El nombre de Tredegar se desvanecía en la nada, mientras ella se escondía como una rata en un laberinto, para complacer a la Guardia, humillándose durante siete años bajo su protección. Si siquiera podía hacer eso, pensaba la nobleza con severidad. Sus ojos se dirigieron hacia la forma en que su compañía había descansado para dormir esa noche y, en la escasa luz de la linterna de Song, mostraron claramente sus divisiones.

Los hermanos Cerdan yacían más lejos de ella, protegidos por Cozme Aflor. Ambos ahora le consideraban abiertamente una enemiga. Solo el disgusto de los demás por el asesinato de su propio sirviente había evitado que Augusto intentara ordenar su muerte. En el otro lado, la propia cuna de Angharad yacía con dos cercanas, Brun de Sacromonte dormía en una mientras que la de Song permanecía vacía. Entre los dos campamentos, Isabel y sus doncellas estaban, formando puente y foso. Cuando Brun y Song se habían acercado más a ella, tras la revelación de los Cerdan como traidores sin honor, Isabel fue forzada a mediar en la paz. Logró convencer a los hermanos de respetar la tregua de Angharad, reafirmando que no habría pelea hasta que su compañía abandonara la pérfida situación. Sin embargo, a pesar de los esfuerzos de la infanzona, la noble de piel oscura sabía que esa compañía era como un barril de pólvora con una mecha encendida.

Y pronto, más temprano que tarde, explotaría en su rostro.

Las enseñanzas de su madre no le servirían de nada aquí. Había sido valiente al levantar el nombre de su casa, y la Madre la mostraba en todas sus acciones, por lo que Angharad se atormentaba aún más cuando ella confesaba temer a la corte de la Alta Reina. No hay nada que temer, insistía ella, con infantil ofensa ante la repentina vulnerabilidad de su ídolo. La corte real tenía duelos como los perros tienen pulgas, pero la Madre era una espadachina hábil, y ¿quién sino los maestros de espada más finos podría amenazarla? Incluso si ofendía a algún izinduna de alto rango, una rencilla no podía prolongarse más allá de lo razonable. La Alta Reina era la guardiana del honor de Malan y no permitía ningún desaire contra él. Dulzura, le decía la Madre suavemente, acariciándole el cabello, habría muerto mucho antes de que mi espada saliera de la vaina.

Luego le explicó cómo los duelos que podrían conducir a la vergüenza nunca sucedían en realidad. Cuchillos, veneno y maldiciones lo resolvían mucho antes, cualquier dificultad en el camino para ganar el favor de la Alta Reina se apaga sin piedad. La forma de supervivencia de su madre había sido mantenerse como una simple curiosidad, una exploradora famosa mantenida en la corte solo por el favor de la Reina y sin poseer poder ni influencia reales. Evitó la horca que la elevaría en

rango y permaneció en el mar en lugar de ser cortesana, demasiado lejos para ser considerada enemiga por los poderosos de Malan. Eso fue un despertar duro en muchos sentidos, entre ellos que Angharad ya sabía que ella misma no seguiría a su madre en el mar.

¿Dejaría que el nombre de Tredegar — Maraire, para los malani, pero la sangre es verdadera sin importar las letras — cayera en el olvido cuando su madre falleciera? La madre no tuvo respuesta y, al final, fue su padre quien la tranquilizó.

“Tu madre ha dominado su miedo a lo desconocido,” le dijo. “Eso que yace más allá del Destello, los mares que devoran barcos y esperanzas. Pero el orgullo la ciega y no ve que se rinde ante todos los demás secretos de Vesper, creyendo que el valor contra uno es el valor contra todos.”

Sonrió en ese momento y, aunque Gwydion Tredegar nunca fue el más alto ni el más apuesto de los hombres, cuando él sonreía, Angharad siempre había pensado que su padre eclipsaba a todos sus rivales.

“No necesitas compartir sus incógnitas,” dijo su padre. “Ven, te enseñaré para que aprendas y el saber pueda terminar con el miedo.”

No amaba sus lecciones, pero las había aprendido lo suficientemente bien como para, al estar entre los hijos e hijas de izinduna cuando los torneos la llevaban a Malan, atravesar esas aguas sin chocar con los arrecifes ocultos. Y ahora debía invocar nuevamente las enseñanzas de su padre, pues el honor la había llevado a hacer enemigos de la mitad del grupo con el que debía luchar para sobrevivir. Como una maestra de espadas en la corte de la Gran Reina, debía asegurarse de vivir lo suficiente como para desenvainar su hoja. Y el primer paso para ello no comenzaba con sus compañeros más cercanos, ni con Isabel ni siquiera con el Maestro Cozme. En cambio, cuando levantaron campamento, no mucho después, hizo una silenciosa petición a Isabel Ruesta.

La belleza de cabello oscuro la observó durante un momento, sus ojos curiosos.

“Con un espíritu de paz, espero,” preguntó Isabel.

Por encima de ellas, las estrellas ardían frías, igual que lo habían hecho para sus antepasados en la lejana Peredur. En el viento, Angharad Tredegar pensó haber captado el eco de sus antiguas canciones costeras, historia y enseñanza y pregunta todo en uno. Casi empezó a tararear las primeras notas de La Cónyuge Justa.

“Para no suscitar enemistad,” juró Angharad.

El amor es dulce, una bebida embriagadora,

pero mi mano debe ser ganada con justicia,

Dulce amor, ¿qué jurarás tú,

como promesa si tu amor es verdadero?

Cuando el avance hacia el norte comenzó de nuevo, se encontró caminando en la retaguardia del grupo, junto al lord Remund Cerdan. Para demostrar que seguían siendo aliados, había sugerido Isabel. Un gesto de buena voluntad. El más joven de Cerdan avanzaba con cautela, como si espantara cada paso temiendo que ella pudiera saltar y cortarle el cuello. Sin embargo, Angharad no temía obtener de él lo que deseaba. Sabía qué era lo que Augusto Cerdan anhelaba más que nada, por eso poseía la mitad de su apellido.

“Lamento que estemos en desacuerdo, mi señor,” dijo, fingiendo un suspiro de tristeza.

No mentía: en toda Vesper, debía haber un alma capaz de sentir tal arrepentimiento. El infanzón frunció el ceño a su encuentro, como si estuviera desconcertado por su cortesía. Cuando se convirtió en su enemiga, intuyó, la escasa estima que le había concedido antes se había desvanecido. Ahora, podría ser una salvaje de Triglau, saqueando colonos junto al mar.

“Lanzas un grave insulto a los pies de la Casa Cerdan,” respondió Remund con severidad.

“Un insulto requiere reparación,” replicó ella. “Pero debe darse donde se merece, no entregarse a la ligera a los indignos.”

“¿Y qué sabrán los malaníes de lo que se merece?” ridiculizó el infanzón, rodando los ojos.

“Quizá ayer todos murimos, si no fuera por su tratado,” dijo Angharad. “Eso sí merece atención.”

Que Remund Cerdan decida, sin ayuda de ella, entre muchas cosas, cuál merece o no. El más joven se hinchó de orgullo y, por un momento, Angharad sintió náuseas. Podría ser que aquel muchacho fuera tan vanidoso que cualquier elogio le subiera a la cabeza, pensó, pero había conocido a otros así. Nacidos en grandes familias, desfilando con cuchillos siempre a la vista, ofendiendo y siendo ofendidos, pero debajo de todo, con una herida invisible. ¿Qué tan necesitado de autoestima debe estar uno, que las palabras de un enemigo sean lo único que necesita para erguir la espalda?

“Es bueno que reconozcas tanto”, murmuró Remund con tono largo. “Pensé que eras un ingrato, no me importa admitirlo. Se dice que es un defecto común en vuestro pueblo que tomáis una milla cuando os dan una pulgada.”

“Los malani no son perfectos”, dijo ella. “Me gusta pensar que la ingratitud no está entre ellos.”

“¿Ah?” sonrió el joven, observándola de arriba abajo. “Entonces, ¿cómo debo ser recompensado?”

Manteniendo una expresión serena ante la ofensa implícita, ella no mostró ningún sentimiento. Él no tenía interés real en ella. Simplemente agitaba su daga, esperando teñir de rojo la carne.

“El honor se gana con las propias manos”, dijo Angharad. “Y me parece que cualquier honor perdido por manos cerdanas puede ser recuperado con las mismas.”

Remund respiró profundamente, mirándola con sorpresa y una cautela distinta a la anterior. La observaba como a una bestia salvaje al principio, pero ahora había en su mirada un matiz

diferente.

“Me sorprendes, Tredegar”, susurró el infanzón. “Quizá no eres tan tonto después de todo. Una cosa así podría resolver muchos problemas a la vez, sí.”

Ella guardó silencio, permitiéndole contemplar el estanque hasta que encontrara el reflejo que buscaba.

“Un duelo hasta que uno bese la primera sangre para vengar el honor de mi casa”, reflexionó. “Es cierto que una victoria contra una maestra de espada sería la charla de la temporada, suficiente para evitar la ira de mi señor padre por el triste final de Augusto.”

“Eso esperamos”, dijo Angharad con precisión mesurada.

Sus ojos oscuros se estrecharon hacia ella.

“Quitar a Cozme del camino para que tú tengas una oportunidad no sería imposible”, concedió Remund. “Pero, ¿cómo puedo estar seguro de que cumplirás con tu parte del trato?”

“Mi palabra es mi honor”, respondió ella con firmeza. “Juro por ello si así prefieres.”

El noble sonrió, apoyando las palmas en la nuca mientras avanzaba con un ligero aire de arrogancia inválida.

“No”, finalmente dijo Remund Cerdan, ampliando su sonrisa.

Angharad escondió su sorpresa, inclinando lentamente la cabeza. Quizá había cometido un error, o tal vez subestimado los lazos de hermandad.

“Ganas mucho con esto y yo muy poco”, añadió Remund sin mucho interés. “Necesito más de ti.”

La chispa de respeto que había sentido se apagó temprano.

“Estoy escuchando.”

Se inclinó demasiado cerca, aún sonriendo, pese a que en sus ojos no había alegría alguna.

“Este pequeño juego tuyo con Isabel debe terminar”, dijo Remund.

Silencio otra vez, pues ninguna palabra es más persuasiva que la propia.

“Ella te anima, sin duda”, encogió de hombros el joven Cerdan. “Es su forma. Disfruta de la atención, y en verdad no le envidio eso. ¿Por qué casarse si la esposa no será la envidia de todos tus pares?”

La mentira residía en la tensión que apretaba su mandíbula al forzar la primera no a salir de sus labios.

“Pero me molesta tu coqueteo”, sonrió Remund. “Me parece de mal gusto la presunción de que, incluso en broma, puedas rivalizar con un infanzón. Así que basta. Mantén la distancia con ella.”

“¿Quieres un juramento?”, adivinó Angharad.

“Sí”, respondió el hombre de cabello oscuro con tono jovial. “Y uno para nuestro otro acuerdo también. No habrá escapatoria a última hora, amigo mío.”

Las palabras le fluyeron con facilidad, como si siempre estuvieran en la punta de su lengua.

“Por mi honor, no buscaré ya más la compañía de Isabel Ruesta”, dijo Angharad.

Él suspiró.

“Supongo que ya no hablarle en absoluto es demasiado pedir”, concedió Remund. “¿Y?”

Él levantó una ceja, haciendo un gesto para que siguiera. Ella eligió cuidadosamente las palabras, recortó las justas y las dejó sobre la hierba para que él las encontrara.

“Por mi honor, cederé la victoria en un duelo de honor sobre la muerte de Augusto Cerdan en la misma”.

Remund levantó una ceja, con una ligera sonrisa de suficiencia en su semblante.

“Repite aquello”, dijo, “pero especificando mi nombre en lugar de solamente tú. No seamos descuidados con nuestras palabras, ¿sí?”

Ella hizo lo que le pidieron.

La victoria es veneno para el razonamiento, mi querida, le había enseñado su padre. Cuando los hombres te ponen contra las cuerdas, piensan que son tu superior en todo. Remund Cerdan, a pesar de despreciar a su hermano, consideraba que su enfrentamiento con la espada era igual al de Angharad, aunque evidentemente no lo fuera. No se le ocurrió que un duelo de honor pudiera ser también una forma de rendirse, así como de morir, que ella pudiera simplemente herir al mayor Cerdan al filo de la muerte antes de dejarlo rendirse. Y si Augusto Cerdan moría después del duelo de honor, no durante, ella no le debía nada a su hermano. Lord Remund Cerdan la miró con despecho, aceptando mantener una charla trivial ahora que ella se había convertido en su herramienta, y en silencio tarareó una vieja melodía.

Prometo las estrellas en una copa

y el mar en tu mano.

una sala que toca las nubes;

un hogar donde centenares cenan.

No había causado que los hermanos se enfrentaran entre sí, esa enemistad ya había echado raíces mucho antes de que ella entrara en sus vidas, pero ahora se había asegurado de que no hicieran causa común contra ella. Eso aseguraría que el maestro Cozme no fuera fácilmente inducido a actuar contra ella: estaba en deuda con ambos hermanos y ahora uno quería que ella viviera. Al menos lo suficiente para serle útil, aunque Angharad no creía que realmente tuviera la intención de cumplir su parte del trato. Lo más probable es que intentara usar la ambigüedad que ella había dejado a propósito en la frase —en un duelo de honor, sin especificar quién primero sangrara—, para intentar acabar con ella a traición durante la lucha. La victoria con el primer sangrado le traería elogios de sus iguales, pero vengar a su hermano? Ah, eso bien podría convertirlo en un héroe.

No importaba. Serpiente o no, ella conocía la mitad de su nombre. No mordería hasta haber obtenido lo que ansiaba.

Ahora debía eliminar los demás peligros, para asegurarse de llegar a la hora en que podría aprovechar su oportunidad. Eso empezaba cuidando su propia retaguardia, garantizando que los compañeros que había elegido no tuvieran motivos para traicionarla. Cuando su grupo se detuvo a descansar, ella se ofreció a acompañar a Brun en la delantera hasta la próxima parada. El Sacromontano pareció apreciar el gesto, especialmente cuando tomó la linterna y se encargó de cargarla ella misma. Su avance fue fluido y casi placentero, la Carretera Real cumplía con su nombre: era terreno casi llano, solo interrumpido por hierbas resistentes que afianzaban sus raíces en las piedras. La mayor parte de su atención no estaba enfocada en el camino delante, sino en lo que descuidaban.

Su mirada se bifurcó hacia abajo, hacia las llanuras que pronto alcanzarían. Los lupinos que los habían perseguido buena parte del día quedaron atrás cuando cruzaron un profundo barranco sin marcar en el mapa de Song, sin poder cruzar, aunque nadie podía saber si las criaturas habían rodeado para continuar su acecho. Los espíritus no habían logrado hacer nada desde abajo, pero los aullidos incesantes tensaron la paciencia de todos, arriesgando atraer un espíritu superior que no sería repelido por algo tan simple como la altura del acueducto. Hasta ahora solo habían visto siluetas que se deslizaban por las llanuras, pero ninguna se acercaba lo suficiente para ser iluminada.

Los infanzones, admitía Angharad, habían ideado un plan muy astuto. Si no fuera por la desgracia de haber sido atacados por los lupinos, quizás el marchar hasta la segunda prueba habría ocurrido sin una sola gota de sangre derramada. Ella no era la única en esa opinión.

“Me alegra no estar caminando por las llanuras,” le confesó Brun. “Me resultaría difícil mantener la guardia baja lo suficiente como para dormir allí abajo, después de aquel desastre con los lemures.”

“Quizás nuestra desgracia haya ayudado a los demás,” dijo Angharad, aunque en realidad no lo creía del todo. “Sería un pequeño consuelo.”

“Supongo que en estos tiempos hay que aprovechar todo lo que podamos encontrar,” comentó Brun con un tono seco.

Ella hizo una mueca.

“Lamento que nuestra compañía se haya distanciado,” expresó Angharad. “Y sé que yo he tenido algo que ver en ello.”

El hombre de cabellera clara desestimó sus palabras con un gesto de la mano.

“No voy a entrar en disputas por la crueldad, no en el Dominio de las Cosas Perdidas,” dijo, “pero tenías razón al golpear al hombre. Habría sido un acto de necio permitir que los cerdanos asesinaran a uno de nosotros sin consecuencia alguna.”

Su rostro se oscureció.

“Los infanzones ya manejan vidas con demasiada facilidad para mi gusto,” sentenció Brun. “No fomentaría esa costumbre.”

Era incómodo escucharle hablar de sus legítimos gobernantes de esa manera, pero ella debía admitir que esa falta de respeto quizás no fuera del todo injustificada. No todos los infanzones, pues aunque las nobles sombras de Sacromonte eran reflejos distorsionados de lo que alguna vez fueron, aún tenían sangre noble, pero no podía negar que los hermanos Cerdan no estaban a la altura de sus obligaciones y privilegios. Era un fracaso que reflejaba mal en su linaje, que debería haberlos educado correctamente en las responsabilidades del rango.

“Parece que no los tienes mucho cariño,” intentó Angharad.

“Soy hijo de mineros,” explicó Brun. “Su vida no fue nada fácil, Lady Angharad, y se dedicaron a enriquecer a hombres como estos Cerdan.”

“Lamento mucho su fallecimiento,” dijo suavemente ella.

“Han pasado ya muchos años,” encogió de hombros Brun.

La serenidad en su rostro, que apenas podía comprender, contrastaba con el dolor que ella sentía por sus propios padres, un dolor que seguramente sería una herida en su alma hasta el fin de sus días. No lograba pensar en nada que una venganza pudiera disminuir, ni siquiera un poquito.

“Algunos son mejores que otros,” continuó Brun. “Lady Isabel parece ser bastante decente.”

Le lanzó una mirada cómplice, llena de entendimiento.

“Ha sido muy amable,” respondió Angharad con cierta rigidez.

“Briceida me dice que decidió no retirarse después de la primera prueba,” le contó Brun.

No ocultó su sorpresa, tanto por esas palabras como por la implicación de que alguna de las criadas de Isabel podría estar hablando mal de su señora a espaldas de ella.

“¿Acaso alguna vez dudaste de ello?” preguntó ella.

Si era así, le resultaba una novedad. Isabel nunca había insinuado algo similar, aunque ciertamente había hablado poco de sus planes.

“Se mostró vacilante tras enterarse de la muerte de su prima,” explicó Brun. “¿No te lo comentó a ti?”

Angharad negó con la cabeza.

“Quizás le preocupa tu seguridad,” dijo Brun con indiferencia. “Sin su mediación, nuestros problemas con los Cerdan solo empeorarían.”

Sería imprudente, se reprendió, pensar que Isabel arriesgaría su vida por ella cuando entre ambas solo había una simple aventura amorosa. Sin embargo, ese pensamiento todavía le producía un ligero rubor.

“O ella se recuperó del impacto y mantuvo su rumbo,” dijo Angharad.

Brun no parecía convencido. Debía ser un romántico empedernido, decidió ella con una oleada de cariño. ¿Cuánto tardarían en que las miradas persistentes entre él y la doncella pelirroja – Briceida – se convirtieran en algo más? Qué escandaloso. Aun así, le alegraba que alguna felicidad surgiera de estas pruebas, por más efímera que fuera.

“Sea cual sea la verdad, ella es una buena amiga para tener de nuestro lado,” dijo él. “Espero que tu evitación de su compañía durante nuestra parada no haya enfriado las relaciones.”

Los labios de Angharad se crispan en una línea delgada. Brun la observó, y luego asintió lentamente.

“No, parece que no,” dijo él. “¿Quizá tu conversación con Remund Cerdan tiene algo que ver con esto?”

Hablar de un juramento hecho en secreto sin el permiso de a quien se juró resultaba demasiado cercano a la deshonra para estar cómodo. Angharad permaneció en silencio, pero no negó nada.

“Él parece ser más celoso de los dos,” gruñó Brun. “Quizá lo suficiente para hacer un juramento.”

El Sacromontano rubio le lanzó una mirada penetrante.

“Me pregunto,” dijo, “cómo alguien podría describir la forma en que actuaste durante nuestra parada.”

Angharad le sonrió con entusiasmo. Qué hombre tan astuto.

“No busqué la compañía de Isabel Ruesta,” respondió con mucha precisión.

Describir algo que se hizo en público no podía considerarse como revelar un secreto, al fin y al cabo. Brun resopló, frotándose la barba rubia en la barbilla.

“Si eso fuera un juramento, sería uno con un agujero lo suficientemente grande para que pasara un barco,” dijo. “Todo lo que haría falta sería que alguien descubriera y transmitiera la letra del acuerdo a quien debía conocerla.”

“Sería una persona astuta y amistosa quien hiciera tal cosa,” respondió Angharad, inclinando su cabeza en señal de agradecimiento.

Brun sonrió.

“Quizá ayude a las chicas de Lady Isabel a llevar sus bolsas esta tarde,” dijo. “Me imagino que es algo que ella podría agradecerme en persona, tan dulce como es.”

Su cabeza se inclinó aún más. Si no estuvieran atravesando una isla oscura, refugio de oscurantes y espíritus malignos, Angharad podría haber considerado todo ese asunto más bien romántico: un juramento vinculante a una rival, sirvientes astutos intercambiando mensajes entre amantes destinados a no cruzar sus caminos y un duelo con otro rival en el horizonte. Había leído media centena de obras que contenían todas esas escenas. Sin embargo, poco de esto hacía que su corazón latiera con fuerza; más bien, se sentía como caminar por la cuerda floja.

“Primero, me gustaría tener una seguridad,” dijo Brun en voz baja. “Si esto se complica, si los hermanos y su guardián venimos a nuestro encuentro, ¿tu... talento será suficiente para inclinar la balanza?”

La pausa dejó claro qué era lo que él le pedía: su contrato. Aunque era de muy mal gusto preguntarlo, ya que uno no suele indagar en esas cosas, ella le debía algo al hombre. O lo haría muy pronto.

“He matado a más de tres hombres en un día,” respondió Angharad con sencillez, y luego eligió cuidadosamente sus palabras. “Mi mano se mueve más rápido de lo que debería.”

No mentía, aunque la insinuación sí. Le resultaba desagradable engañar a Brun, incluso por implicación, dado que había sido un compañero leal. Pero esa decisión la había tomado antes de abandonar Malan. No podía dejar que se supiera que el Pescador le había otorgado el don de la premonición; de lo contrario, su regreso a casa quedaría siempre vedado. El hombre rubio asintió en señal de comprensión. Para su sorpresa, luego le ofreció una revelación propia.

"Puedo percibir a los vivos," le dijo. "A las personas mejor, a los vacíos y bestias con más dificultad."

Ella levantó una ceja.

"Un gran don," dijo ella.

Había mucho más en ello, y ninguno de los dos había mencionado siquiera de manera indirecta un precio, pero ella seguía conmovida por la muestra de confianza. Esto reflejaba bien en el carácter del hombre que reconociera y rectificara su indiscreción de inmediato. La hacía aún más miserable al engañarlo, una verdad que le era difícil de aceptar. No estaba acostumbrada a responder a la

bondad con tal falta de fe.

Cásame, sé mi hermosa esposa

Y todos estos serán tuyos

Lo juro por mi vida

Y por la vida que será nuestra

El siguiente paso ocurrió poco después del mediodía, tras detenerse a comer y volver a cambiar la formación de la columna. Angharad habría buscado a Song, asegurado su espalda, pero cuando Cozme Aflor propuso que las dos tomaran la retaguardia, ella aceptó sin dudar. Él también era un peligro que debía resolverse. El maestro Cozme era un fiel y hábil sirviente, encargado de mantener con vida a los hermanos Cerdan: mientras Angharad representara una amenaza para sus vidas, seguía el riesgo de que intentara matarla. Puede que no sea honorable, pero algunos podrían argumentar que la verdadera honra de un sirviente radica en elegir cumplir con su deber por encima de su propia virtud. Como fue el mayor quien se acercó a ella, decidió dejarle a él la iniciativa en la conversación.

"No defenderé lo que le hicieron a Gascon", dijo el maestro Cozme con franqueza. "Fue una acción torpe e imprudente. El muchacho tenía miedo, pero eso no es excusa."

Aterrorizado, parecía incómodo. Sin el gran sombrero que complementaba su cabello largo y su barba con canas, no parecía tan descarado — a pesar de su evidente cuidado por su apariencia, se notaba que lucía algo agotado.

"Y no dio ninguna disculpa," comentó Angharad.

Hasta donde ella podía ver, el señor Augusto Cerdan no había derramado una sola lágrima por la muerte.

"No puede hacer eso, no después de que le pegaste," respondió Cozme. "Eso sería una admisión de debilidad, que está por debajo de ti. Un hombre despiadado no será amado, pero puede ser respetado."

Se pasó el pulgar por el bigote.

"Un hombre débil no tendrá ni amor ni respeto."

Angharad levantó una ceja hacia él.

"¿Qué es esto si no una defensa, maestro Cozme?" preguntó.

Escupió por encima del borde del acueducto. Su mano descansaba en su cinturón, como si estuviera paseando con tranquilidad, pero esa aparente despreocupación dejaba entrever que no se alejaba mucho de su pistolera.

"Reconocer que estamos en un aprieto, tú y yo," dijo Cozme. "Me encargaron traer a los dos de vuelta con vida, y tú quieres reducir esa responsabilidad a la mitad."

"Es una lástima que las exigencias de nuestro honor sean contradictorias," respondió Angharad con sinceridad.

Le caía bien el hombre mayor. Era hábil con las armas, amigable, un conversador agradable y confiable en combate. Ni siquiera le reprochó su lealtad a Augusto Cerdan, pues era signo de un buen sirviente mantenerse al lado de su amo sin importar cómo cambiaran las circunstancias — o si esa lealtad era realmente merecida.

"No quiero pelear contigo, señora Angharad," dijo con franqueza. "Pero tendré que hacerlo, si esa es la única manera de mantener con vida al muchacho."

Los Pereduri asintieron con una inclinación de cabeza. Ambos sabían esto sin necesidad de conversación, por lo que pronto el Maestro Cozme debería revelar por qué había llegado a ella.

"No te pediría que sacrificaras tu honor," dijo lentamente Cozme Aflor, "pero—"

Su ceja se levantó, una advertencia clara de que debía proceder con cautela.

"- me parece que hay cierta flexibilidad en los términos de tu desafío," continuó él. "Estamos en una tregua hasta que pase el 'peligro', ¿no es así?"

"El santuario antes de la segunda prueba es el fin natural de ese juramento," dijo Angharad. "Allí estaremos fuera del alcance del peligro."

"Pero solo temporalmente," argumentó Cozme. "En un sentido más amplio, se podría decir que todo el Dominio de las Cosas Perdidas es un lugar de peligro."

Angharad lo miró con el ceño fruncido.

"Quieres que lo enfrente en Sacromonte", dijo ella, "después de que terminen las pruebas."

Su tono dejaba claro lo que pensaba acerca de la sabiduría de esa propuesta.

"¿A qué quieres llegar con esto? ¿Pretendes convertirte en un Guardia Negra?" preguntó Cozme. "Contarás con la protección de la Guardia cuando vengas, no será algo que puedan esconder con un golpe o veneno."

Por más que parecía una admisión, en realidad la Casa de Cerdan no habría recurrido a esas armas, lo cual en realidad no le sorprendió.

"No hay garantía de que la Guardia me permita desafiarlo, incluso si la proposición fue hecha antes de que me uniera," resaltó Angharad.

El hombre barbudo parecía frustrado, y aunque la idea era poco amable, Angharad no pudo evitar preguntarse: incluso si aceptaba esto, ¿acaso lograría encontrar a Augusto Cerdan alguna vez, por mucho que insistiera en sus puertas? ¿O sería que él, por casualidad, estaría fuera de viaje cada vez que ella arribara, en alguna misión o asunto?

“Entonces, un acuerdo de compromiso,” presionó el Maestro Cozme. “Me gustaría tener un momento contigo, pues existe una interpretación que permite dártelo sin que ello manche tu honor.”

“No soy tan generosa de mujer como para dar el mío sin un propósito,” respondió Angharad.

“Lo habría,” aseguró Cozme. “¿Qué sabes tú sobre la Prueba de las Ruinas?”

Solo lo que ella le habían contado, que no era mucho. El hermano Cerdan sabía que su conocimiento previo formaba parte de lo que mantenía a la gente con ellos, por lo que se habían mantenido en secreto. Isabel, de manera decepcionante, había seguido su ejemplo en esto.

“Es un laberinto de algún tipo, por el que debemos avanzar para cruzar las montañas,” comentó ella.

“Es mucho más que eso,” afirmó Cozme, negando con la cabeza. “Todo está hecho de santuarios rotos, una ciudad-laberinto dedicada a dioses muertos. Y lo que los destruyó, Lady Angharad, sembró en la piedra un odio profundo. Ahora, quienes quieran atravesar los santuarios deben primero sobrevivir a crueles juegos dirigidos por sus sombras, vencéndolas para abrir caminos.”

“Suenan a un lugar temible,” admitió ella.

“Es donde mueren la mayoría en estas pruebas,” dijo Cozme con significado. “Incluso los infanzones sucumben a trampas y pruebas. Y mi obligación es mantener con vida a los hermanos, una tarea que cumpliré, pero soy solo un hombre. Los Manes podrían decidir que fracaso, pese a todos mis esfuerzos.”

Se encogió de hombros, mirándola con expectativa. La oferta quedó dicha en silencio, pero no menos clara: Cozme quería que esperara hasta el final de la segunda prueba para ver si el destino haría innecesario un duelo de honor. Si Augusto Cerdan era atrapado en la Prueba de las Ruinas, difícilmente Angharad podría exigir un duelo a un cadáver. Cozme dejaba claro que haría lo posible por mantener vivo a Augusto, como su honor mandaba, pero pedía posponer el enfrentamiento para descubrir si el Dios Durmiente tenía otros planes. Si no, podrían pelear antes de que la Casa Cerdan se retirara de las pruebas. Era una solución elegante, que bordeaba los límites del honor para todos los involucrados.

También era prácticamente seguro que ella sería la siguiente víctima.

Más allá de la segunda prueba se extendía otro santuario, donde los infanzones tenían la intención de desistir de su candidatura a la Guardia y ponerse bajo su protección, con la esperanza de ser reubicados en Sacromonte. Si Augusto Cerdan lograba obtener esa protección, ella perdería su alcance. Eso significaba que debía adentrarse en la profundidad del laberinto junto a los infanzones

para asegurarse de que él no pudiera, arriesgándose a que le clavase un cuchillo por la espalda en medio de esas 'partidas', o debía encontrar su propio camino y apostar a que cruzaría antes que él, para interceptarlo en el otro lado. Incluso la mejor de esas apuestas era peligrosa: los infanzones conocían mucho de esas pruebas y ella poco, algo que sin duda le daría ventaja en la lucha contra un laberinto.

Sin embargo, Angharad no expresó la negativa que su corazón le susurraba.

"Es un compromiso", dijo en su lugar.

Cuando tenía trece años —solo cinco años atrás, aunque parecía una eternidad— viajó con sirvientes a Iswayo, una de las grandes ciudades del sur de Malan, para un torneo. No era favorita para ganar, aún joven en el circuito, pero ya era conocida por algunos pequeños triunfos. El día del torneo, supo que sería la presentación de la hija de un gran izinduna. Y la coincidencia quiso que, por las ramas del árbol de combates, ella enfrentara justamente a esa misma niña en su segundo combate, claro está, si ambas ganaban su primer combate. Angharad había esperado esa victoria. Una hora antes de que empezara el torneo, mientras se calentaba, un sirviente sin nombre se le acercó y comenzó a hablarle con una sonrisa.

Sin nunca dar nombres ni decir nada directamente, insinuó que si la hija de una casa noble lograba un éxito inesperado, habría recompensas para todos los implicados. Que, quizás, el Dios Durmiente considerara oportuno que Angharad fuera invitada a un torneo mucho más prestigioso en la capital y hasta bendecida con un comienzo auspicioso allí. El hombre no portaba armas, no hizo amenazas y nunca dejó de sonreír. Angharad fue sumamente cortés en su rechazo, ofendida pero sin querer hacer un enemigo poderoso, y el hombre sin nombre ni se alteró ni enojó. En lugar de eso, le agradeció por su tiempo y se marchó.

Unos minutos antes de que comenzara el torneo, Angharad descubrió que el nombre de su oponente en su primer combate había sido cambiado por el de una de las favoritas para ganar. Perdió ante la otra muchacha, tras un combate respetable, quien a su vez fue derrotada por un margen muy ajustado por la hija del izinduna en la siguiente pelea. Fue un combate emocionante, todos coincidieron en ello, y una buena presentación aunque la chica no avanzó mucho después. En ese día, hubo una lección que aprendió muy bien.

Y mientras Angharad caminaba al lado de Cozme Aflor, ese hombre cordial y afable que se esforzaba en evitar enemistades entre ellos, sabía con certeza tan segura como la llegada de la marea que si le rechazaba en ese momento, él intentaría matarla. Quizá no esa misma noche, ni siquiera hoy o mañana, pero llegará un tiempo y entonces, sin alardes ni advertencias, el Maestro Cozme le dispararía en la espalda o le clavaría un puñal en el corazón. Esa paciencia serena y calculadora era cien veces más peligrosa que cualquier cosa que Augusto o Remund Cerdan pudieran reunir, porque no era más que un leal sirviente cumpliendo con su deber.

"Necesitaría garantías", dijo finalmente Angharad, "de que no se huirá del desafío."

"Eso podría arreglarse con la Guardia cuando lleguemos al santuario", dijo Cozme, sonando complacido. "¿Estarías dispuesta a esperar hasta el final de la segunda prueba?"

"En ese caso, retrasaré mi desafío hasta el término de la Prueba de las Ruinas", afirmó Angharad con precisión. "Si deseas un juramento de mi parte, yo..."

"Tu palabra basta", dijo firmemente el hombre mayor, negando con la cabeza. "Eres Malani."

Lo decía como un cumplido, pensó ella, así que no se ofendió. Incluso los mercaderes de Malan eran conocidos por su honestidad ante todos los pueblos de Vesper, ya que acusarlos de mentir podría arruinar su comercio. La honra era importante en las Islas, y la mancha podía transmitirse por asociación: no solo los nobles cuidaban qué compañía frecuentaban. La reputación debía ser cuidadosamente protegida, aunque el trabajo no siempre producía recompensas. Decían que los Malani no mentían. Su palabra era como un juramento when se les daba, y la misma confianza se extendía a los pueblos de la Isla Alta y la Baja.

Entonces, te entrego mi mano,

Prometida en sal y aire,

Y junto a ti estaré,

La esposa que ganaste con justicia.

El maestro Cozme estaba de buen humor al separarse esa noche, seguro de haber conseguido lo que quería de ella. Pero no era así. Angharad había aceptado retrasar un desafío, sin prometer que no emitiría otro. Era muy satisfactorio volver a herir a Augusto Cerdan por segunda vez. Angharad permitió que esa idea le dibujara una sonrisa mientras todos comían, formando los mismos congregamientos no expresados que esa mañana. Song y Brun a su lado, los hermanos y su protector en el otro extremo, Isabel y sus sirvientas en medio. Solo que ahora, observaba, la situación había cambiado. Remund sonreía con frecuencia a Augusto, casi con una mueca, y Cozme ya no mantenía la mano cerca de su pistola. Isabel a veces lanzaba miradas negras a la joven Cerdan y parecía animar a Briceida a hablar con Brun.

Angharad Tredegar observaba atentamente a todos y reconocía en ellos las lecciones de su padre aprendidas. Mientras mordisqueaba sus frutas secas, tarareaba en voz baja antiguas tretas.

¡Aquí! Reflejos de estrellas en el vino,

una concha a tu oído,

la montaña que reclamo como propia,

y una chimenea que los ratones no temen.

El Tianxi a su lado se inclinó cerca.

"Has estado jugueteando con esa melodía todo el día", dijo en voz baja Song. "Ahora, debo decir que estoy verdaderamente interesada: ¿cómo se llama?"

Ella se sonrojó, avergonzada de haber sido sorprendida.

“El Esposa Justa”, respondió Angharad.

¿Una balada de amor? —rió la Tianxia, con ojos coquetos—. No pensé que estuvieras de humor para eso.

La Pereduri negó con la cabeza.

“Es un can lan, una canción de la costa”, explicó. “Son baladas que enseñan lecciones a través de una historia.”

Se dice que la mayoría eran tan antiguas como la Llegada de la Mañana, y que primero se cantaron para enseñar a sus ancestros cuando sus barcos encontraron las costas pedregosas de Peredur. Se dice que El Esposa Justa trata sobre un hombre que busca la mano de un espíritu hermoso en matrimonio, y sobre las tretas que se usan para conseguir lo deseado. Los ojos plateados de Song permanecían fijos en ella, llenos de una confianza firme, que era más calmada que serena.

“¿Qué lección enseña?”

El padre había dicho que la lección era que uno recibe lo que da, una historia de reciprocidad. La madre decía que simplemente trataba de que los espíritus, como muchos hombres, no eran de fiar. Ella nunca había creído del todo en ninguna de las dos, encontrando su propia respuesta en la inspiración de un can lan.

— Esa inteligencia es una espada de doble filo — respondió Angharad Tredegar. — Y de vez en cuando, obtenemos todo lo que merecemos.

Al fin y al cabo, la última estrofa fue cantada por el espíritu, no por el hombre.

Dulzura del amor, no encuentro defecto,

y ahora me despido en tu cuidado,

de esta mano de aire y sal:

la esposa que ganaste con justicia.

Revision #1

Created 16 April 2026 09:22:35 by Michael Brown

Updated 16 April 2026 09:22:39 by Michael Brown